

cuanto á Cristo, les respondió, es mi Dios; pero en cuanto á vuestro Profeta no me atrevo á decir lo que nosotros los cristianos pensamos de él, porque si os lo dijera os ofenderíais y me entregaríais al Cadí, que me condenaría á muerte. Pero si me asegurais que nada tengo que temer, os diré en confianza lo que sobreestose lee en el Evangelio, y la fama de que goza entre los cristianos.—Fíate de nosotros, le contestaron os musulmanes, y dínos sin temor lo que vuestros correligionarios piensan de nuestro Profeta, que nosotros te juramos no hacerle traicion.—Pues bien, dijo entónces Perfecto; en el Evangelio se lee: Se levantarán falsos Profetas, que harán prodigios y milagros capaces de seducir á los mismos elejidos, si esto fuera posible. El mayor de estos falsos Profetas es Mahoma. Una vez disparado Perfecto fué más léjos de lo que hubiera querido y prorrumpió en injurias contra Mahoma, á quien llamó siervo de Satanás.

Los Musulmanes le dejaron que se marchara en paz, pero le guardaron rencor y viéndolo venir algun tiempo despues, y no creyéndose ya obligados por el juramento, gritaron á la gente: «Ese insolente que veis

ahí ha proferido en nuestra presencia tales blasfemias contra nuestro Profeta, que el más pacífico de vosotros no se hubiera podido contener.» Al punto, como si hubiera irritado á una colmena, dice Eulogio, se vió rodeado de una multitud furiosa, que precipitándose sobre él, lo arrastró ante el tribunal del Cadí, con tal violencia que sus piés apenas tocaban el suelo. «El clérigo que veis, le dijeron al juez, ha blasfemado de nuestro Profeta. Mejor sabes que nosotros el castigo que merece semejante crimen.»

Habiendo examinado á los testigos el Cadí, preguntó á Perfecto lo que tenía que responder. Al pobre cura que no era de los que estaban preparados á hacer el papel de mártires, y que temblaba de miedo, no se le ocurrió cosa mejor que negar las palabras que se le atribuían. Pero no le sirvió de nada; el crimen estaba suficientemente probado, y el Cadí, aplicándole los términos de la ley musulmana, lo condenó á muerte como blasfemo. Cargáronlo de cadenas y lo metieron en la cárcel, donde debía esperar el día que Nazr fijára para la ejecucion.

No había ya esperanza para el pobre sacerdote, víctima de la traicion de algunos musulmanes, á juramentos, en que él había

tenido la imprudencia de confiar. Pero la certidumbre de su próxima muerte le devolvió el valor que le había faltado delante del Cadi. Exasperado por aquella falta de fé que iba á costarle la vida, y cierto de que ya nada podría salvarlo ni agravar su pena, confesaba en alta voz que había injuriado á Mahoma; se gloriaba de haberlo hecho, maldecía sin cesar al falso Profeta, á su doctrina y á su secta, y se preparaba á morir como mártir. Oraba, ayunaba y rara vez el sueño lograba cerrar sus ojos. Dos meses pasaron así. Parecía que Nazr lo había olvidado ó que intentaba prolongar su lenta agonía. El hecho es, que por un refinamiento de crueldad, había resuelto que el suplicio de Perfecto se ejecutara durante la fiesta que celebran los musulmanes despues del ayuno del mes de Ramadhan, al primer dia de la luna de Chauwal.

En este año (850), el primer Chauwal caia en un dia de Primavera, (18 Abril.) Desde el amanecer, las calles de Córdoba que durante las mañanas de los treinta dias de cuaresma habian estado desiertas y silenciosas, ofrecían un espectáculo animado y un si es no es grotesco. Apenas bastaban á contener la inmensa multitud que se preci-

pitaba en las mezquitas: los ricos estrenaban magníficos vestidos, los esclavos se habían puesto lo que sus amos acababan de darles, los chicos se pavoneaban embutidos en los de sus padres, todas las caballerías habían sido alquiladas y cada una llevaba encima á todos los quepodía. En todas las caras se pintaba la alegría, los amigos cuando se encontraban se felicitaban y se abrazaban. Acabada la ceremonia religiosa comenzaron las visitas, las viandas mas exquisitas y los mejores vinos esperaban en todas partes á los visitantes, y las puertas de los ricos estaban atestadas de pobres que se lanzaban como hambrientas áves de rapiña sobre las migajas de los festines. Aun para las mugeres encerradas el resto del año bajo triples cerrojos, era este un dia de fiesta y libertad. Mientras que sus padres y maridos bebían y se embriagaban, ellas recorrían las calles con palmas en las manos y distribuyendo tortas á los pobres para ir á los cementerios, donde bajo pretexto de llorar á los difuntos anudaban hartas intrigas. (1)

(1) Véase Lane, «Modern. Egyptians,» t. II, página 266-269; «Mission historial de Marruecos,» página 46; Lyon, «Travels in northern África,» p, 109, 109; Eulogio, «Memor. Sanct,» L. II, c. I.

Después de medio día, cuando innumerables embarcaciones llenas de musulmanes semi-ébrios cubrían el Guadalquivir, y cuando los cordobeses se reunían en una gran esplanada al otro lado del río en apariencia para oír un sermón, pero en realidad para entregarse á nuevos regocijos, se fué á anunciar á Perfecto por orden de Nazr que su suplicio se iba á ejecutar al instante. Perfecto sabía que las ejecuciones se verificaban en aquella misma esplanada en que la alegre multitud se reunía en aquel momento. Estaba preparado á subir al cadalso, pero la idea de subir en medio del gozo y de la alegría general, la idea de que su suplicio sería para la multitud una diversión, un nuevo pasatiempo, le llenaron de rabia y de dolor. «Yo os lo predigo exclamó inflamado de una justa cólera, ese Nazr, ese orgulloso delante del que se inclinan los gefes de las familias mas antiguas y mas nobles, ese hombre que ejerce en España un poder soberano, no verá el aniversario de la fiesta para lo que ha tenido la crueldad de señalar mi suplicio.»

Perfecto no dió el menor signo de flaqueza. Mientras que lo conducían al cadalso gritaba: «Sí, yo he maldecido á vuestro pro-

feta y yo le maldigo. Yo maldigo á ese impostor, á ese adúltero, á ese endemoniado. Vuestra religion es la de Satanás. A todos os espera el infierno!» Repitiendo estas palabras sin cesar subió con paso firme al baldio al rededor del cual se apiñaba la multitud tan fanática como curiosa, muy contenta de ver decapitar á un cristiano que habia blasfemado de Mahoma.

Para los cristianos, Perfecto era un santo. Con el obispo de Córdoba á la cabeza bajaron con gran pompa su féretro al foso en que reposaban los huesos de S. Asislo. Además publicaron por todas partes que Dios se habia encargado de vengar al santo varon. La tarde de su ejecucion habia volcado una embarcacion, y de los ocho musulmanes que llevaba se habian ahogado dos. «Dios, decía S. Eulogio, ha vengado la muerte de su soldado. Nuestros crueles perseguidores han enviado á Perfecto al cielo, el rio se ha tragado dos de ellos para entregarlos al infierno!» Los cristianos tuvieron otra satisfaccion aun, la prediccion de Perfecto se cumplió antes del año; Nazr pereció de una manera tan súbita como terrible. (1)

---

(1) Eulogio, «Memor. Sanct.» L. II, c. I; Alvaro;

El poderoso eunuco fué víctima de su propia perfidia. Deseaba la sultana Tarub asegurar á su hijo Abdala, la sucesion á la corona en perjuicio de Mohamet, habido en otra muger llamada Bohair y que era el mayor de los cuarenta y cinco que habia tenido Abderramen; pero por grande que fuera la influencia que ejercía sobre su esposo, no habia podido conseguirlo. Entónces recurrió á Nazr, cuyo ódio contra Mohamet le era conocido, pidiéndole que le desembarazase de su esposo y del hijo de Bohair. El eunuco le prometió que quedaría contenta, y queriendo comenzar por el padre se dirigió al médico Harrani, que venido de Oriente habia adquirido en Córdoba gran reputacion y fortuna, gracias á un remedio muy eficaz y de que él poseía el secreto contra los males del vientre, que vendía al exorbitante precio de cincuenta monedas de oro cada botella. (1) Nazr, le preguntó si estimaba en algo su favor, y habiéndole contestado el médico que todos sus deseos eran obtenerlo, le dió mil monedas de oro

---

«Indic. lumin, p. 225-227.

(1) Véase el art. sobre Harrani en Ibn-abi-Oz-zaibia.

mandándole preparar un veneno muy mortífero conocido con el nombre de «basun al-moluc.»

Hairani había adivinado el proyecto del eunuco, é indeciso entre el temor de envenenar al monarca y el de atraerse el enojo del poderoso camarero, preparó el veneno y lo envió á Nazr; pero al mismo tiempo avisó secretamente á una muger del haren que aconsejase al sultan no tomar la bebida que Nazr le iba á ofrecer.

Habiendo venido este á ver á su señor, y oyéndole quejarse de su salud, le recomendó un remedio excelente que le había proporcionado un célebre facultativo. «Mañana os lo traeré, le dijo, porque es preciso tomarlo en ayunas.» Pero cuando á la mañana siguiente el eunuco le trajo el veneno, el monarca despues de haber examinado la botella, le dijo: «Esto puede ser dañoso, tómalo tú primero.» Estupefacto, pero no osando desobedecer por temor de vender su intencion, y esperando por otra parte que Hairani sabría neutralizar los efectos del veneno, el eunuco lo bebió y en cuanto pudo sin excitar sospechas corrió á su palacio, mandó llamar al médico, le contó lo sucedido en dos palabras y le pidió un antídoto.

Hairani le propuso leche de cabras, mas ya era tarde, (1) el veneno le había abrasado las entrañas y Nazr murió de una violenta diarrea. (2)

Los sacerdotes cristianos ignoraban lo que había pasado en la córte. Sabian sí, que Nazr habia muerto de repente, y aun corrió entre ellos el rumor de que había sido emponzoñado, pero nada mas. Á lo que parece la córte trató de ocultar este complot abortado á que habían ayudado elevadas personas, y nosotros no lo conoceríamos sino fuera por las curiosas revelaciones de uno de los clientes de los Omeyyas que escribía en un tiempo en que ya se podia hablar con libertad, porque todos los conspiradores habian muerto. Pero bastaba á los sacerdotes lo que habia llegado á su noticia; para ellos lo esencial era, que la prediccion de Perfecto, conocida de gran número de cristianos y de musulmanes presos con él en la misma cárcel, se había cumplido del modo mas evidente.

Algun tiempo despues, el escesivo é injusto rigor con que trataron los musulmanes

---

(1) Ibn-al-Cutia, fól. 31 v. 32 r.

(2) Eulogio, «Memor, Sanct,» L. II. c. I.

á un mercader cristiano, irritó á los exaltados mas todavía.

Juan, el mercader en cuestion era un hombre completamente inofensivo, y jamás le hubiera pasado por la cabeza que su sino era sufrir por la causa de Cristo. No pensando mas que en su tráfico hacia buenos negocios, y como sabía que el nombre de cristiano no era la mejor recomendacion para los musulmanes que venian á comprar en su tienda, habia tomado la costumbre para encarecer su mercancía de jurar por Mahoma.

—Por Mahoma, esto es excelente! —Por el Profeta, (Dios le sea propicio) que no encontraréis en ningun parte cosas mejores que aquí.» Estas y otras frases parecidas le eran habituales, y durante mucho tiempo no tuvo por qué arrepentirse. Pero sus émulos, ménos favorecidos de parroquianos, se enrabiaban viendo su prosperidad siempre en aumento, y le buscaban camorra, por lo que un dia que le oyeron jurar de nuevo por Mahoma, le dijeron: «Tú tienes siempre en la boca el nombre de nuestro Profeta para que te tomen por musulman, y además ¿no es insufrible oírte jurar por Mahoma cada vez que sueltas una mentira?» Juan

protestó al príncipe que si él lo usaba, no era con ánimo de ofender á los musulmanes, pero habiéndose acalorado la disputa, acabó por decir: «Pues bien, no volveré á pronunciar el nombre de vuestro Profeta, y maldito sea el que lo pronuncie!» Apenas hubo dicho estas palabras, cuando me lo cogieron, gritando que había proferido una blasfemia, y lo llevaron delante del Cadí. Interrogado por éste, Juan contestó que él no había tenido intencion de injuriar á nadie, y que si lo acusaban era por celos del oficio. El Cadí que debía absolverlo si lo encontraba inocente, y condenarlo á muerte si lo creía culpable, no hizo ni lo uno ni lo otro, sino que tomando un término medio, le sentenció á cuatrocientos azotes, con gran disgusto del populacho, que decía que merecía la muerte. El pobre sufrió su pena, y despues le montaron sobre un asno, mirando hácia la cola y así lo pasearon por las calles de la ciudad mientras que el pregonero iba delante gritando: «Hé aquí cómo se castiga al que se atreve á burlarse del Profeta.» Enseguida lo encadenaron y lo encerraron en la cárcel; cuando Eulogio lo encontró allí meses despues todavía se le conocían los verdugones que el látigo habia

levantado en su cuerpo. (1)

Á los pocos dias, los exaltados que hacia mucho tiempo se reprochaban su inaccion, entraron en la palestra. El objeto de todos sus anhelos era morir á manos de los infieles. Para conseguirlo no tenian mas que injuriar á Mahoma y así lo hicieron. El monge Isac les dió el ejemplo.

Nacido en Córdoba, de ricos y nobles padres, habia recibido una educacion esmerada. Sabia perfectamente el árabe y muy jóven todavía, habia sido nombrado por Abderramen II «catib,» (esto es empleado en la administracion.) Pero á los veinte y cuatro años experimentando de pronto escrúpulos de conciencia, abandonó la córte y la brillante carrera que le esperaba, para ir á encerrarse en el monasterio de Tabanos que su tio Jeremías habia hecho levantar á sus espensas al norte Córdoba. Situado entre altas montañas y espesas selvas, este monasterio en que la disciplina era mas rigurosa que en los demás, pasaba con razon como el foco del fanatismo. Isac se encontró allí con su tio, con su tia Isabel y otros parientes que habian llevado á su col-

---

(1) Álvaro, «Indic lumin,» p. 227, 228; Eulogio, «Mem. Sanc.,» p. 242, 243, 269.

mo el génio sombrío del ascetismo. Su ejemplo, la soledad, la vista de una naturaleza triste y salvaje, los ayunos, las vigiliás, las maceraciones, la lectura de las vidas de los santos, todo había desarrollado en el alma de este jóven un fanatismo que rayaba en delirio, cuando se creyó llamado por Cristo á morir por él. Partió pues, para Córdoba, y presentándose al Cadí: «Quisiera le dijo, convertirme á vuestra fé si quisiérais enseñármela.»—«De muy buena gana» le contestó éste, que contento por poder hacer un prosélito comenzó á esplicarle las doctrinas del Islam, pero Isac le interrumpió en medio de su discurso exclamando: «Vuestro profeta ha mentido y os ha engañado á todos, maldito sea ese infame manchado con todos los crímenes, que ha arrastrado consigo tantos infelices á los profundos del infierno! ¿Por qué vos que sois un hombre de juicio no abjurais de esa doctrina pestilencial? ¿Por ventura podeis creer en las imposturas de Mahoma? Abrazad el cristianismo, en eso está la salvacion!» Fuera de sí por la inaudita audacia del monge el Cadí abrió los lábios, pero sin poder articular palabra, lloró de ira, y dió á Isac una bofetada.

—Te atreves, exclamó el monje á abofetear á una imájen de Dios! Dija llegará en que tengas que darle cuenta.

—Calmaos, Cadí, le dijeron á su vez los consejeros asesores; no os olvidéis de vuestra dignidad, y acordaos que nuestra ley prohíbe ultrajar ni aun al condenado á muerte.

—Infeliz, dijo entónces el Cadí dirigiéndose al monge: estás borracho ó te has vuelto loco? Ignoras acaso que la ley inmutable del que tan inconsideradamente acabas de ultrajar castiga con la muerte á los que se atreven á hablar como tú lo has hecho?

—Cadí, replicó el monje tranquilamente, ni estoy loco ni bebido. Abrasado de amor por la verdad, hé querido decírtela á tí, y á los que te rodean. Condéname á muerte, no lo temo, lo deseo, porque yo sé que el Señor ha dicho: «Bienaventurados los perseguidos por la verdad, porque de ellos es el reino de los Cielos!»

Entónces le dió lástima al Cadí de este monje fanático, y habiéndolo enviado á la cárcel fué á pedir permiso al monarca para rebajar la pena á este hombre evidentemente enajenado; pero exasperado Abderamen contra los cristianos, por las honras

que habian hecho al cuerpo de Perfecto, le mandó aplicar todo el rigor de la ley, y queriendo impedir que los cristianos enterrasen con pompa el cuerpo de Isac, le ordenó que cuidase de que su cadáver permaneciese durante algunos dias colgado de una horca, cabeza abajo, y que luego le quemase, y sus cenizas fueran arrojadas al rio. Estas órdenes se ejecutaron (3 de Junio 851) pero si el monarca privó de este modo al monasterio de Tabanos de preciosas reliquias, los monjes se desquitaron colocando á Isac en el número de los santos, y contando los milagros que habia hecho, no solo desde su infancia, sino aun antes de venir al mundo. (1)

Ya estaba abierto el camino. Dos dias despues del suplicio de Isac, el francés Sanchó, que servía en la guardia del Sultan, y que habia asistido á las lecciones de Eulogio, blasfemó de Mahoma, y fué decapitado. (2) Al domingo siguiente, (7 de Junio) seis monjes, entre los que se distinguía Jere-

---

(1) Eulogio, «Memort. Sanct.,» página 237 238; «Ibid.,» L. II, c. 2; Álvaro, «Indic. lumin.,» p. 237, 238; Martyrologio de Usuard, (Esp. sagr. t. X, página 375.)

(2) Eulogio, «Memor. Sanct.,» L. II, c. 5, 6.

mías (el tío de Isac) y un cierto Habentio, que vivía siempre recluido en su celda, se presentaron al Cadí, gritando: «Nosotros también decimos lo que han dicho nuestros santos hermanos Isac y Sancho. Y después de haber blasfemado de Mahoma, añadieron: «Venga ahora á tu Profeta! Trátanos con la mayor crueldad!» Y se les cortó la cabeza. Luego, Sisenando, clérigo de la iglesia de S. Asisclo, que había sido amigo de dos de estos monjes, creyó verlos bajar del cielo para invitarle á sufrir también el martirio. Hizo lo que ellos, y fué también decapitado. Antes de subir al patíbulo, había exhortado al diácono Pablo á seguir su ejemplo, y cuatro días después; (20 de Julio) le cortaron la cabeza. En seguida un joven monje de Carmona, llamado Teodomiro, sufrió la misma suerte. (1)

Once mártires en menos de dos meses eran para el partido exaltado un triunfo de que se ufanaba mucho; pero los otros cristianos que no querían más que los dejaran en paz comenzaron á inquietarse, con razón, de este raro fanatismo, que acaso daría por resultado que los musulmanes desconfiaran de

---

(1) Eulogio, «Memor. Sanct.,» L. II, c. 4.

todos los cristianos, y los persiguieran. (1) «El Sultán, decían á los exaltados, nos permite el libre ejercicio de nuestro culto y no nos oprime: ¿á qué viene, pues ese celo fanático? Los que llamais mártires, no son sino suicidas, y quien le ha sugerido lo que han hecho, es el orgullo, fuente de todos los pecados. Si hubieran leído el Evangelio allí hubieran encontrado: «Amad á vuestros enemigos y haced bien á los que os aborrecen.» En vez de prorrumpir en injurias contra Mahoma, deberían saber, que segun las palabras del apóstol, los maldicientes no heredarán el reino de Dios. Los musulmanes nos dicen: Si Dios hubiera inspirado á estos fanáticos la resolución que han tomado, queriendo manifestar que Mahoma no es un Profeta, hubiera obrado milagros que nos convirtieran á vuestra fé; pero léjos de esto há tolérado que los cuerpos de estos supuestos mártires fueran quemados, y sus cenizas arrojadas al río. Vuestra secta no saca ninguna ventaja de estos suplicios, y la nuestra no sufre de ninguna manera; no es una locura suicidarse de este modo?» Qué debemos responder á estas objeciones que no

---

(1) Eulogio, «Memor. Sanct.,» L. II, c, 5, 6.

nos parecen sino muy fundadas? (1)

Tal era el lenguaje que usaban, no solo los legos, sino la mayor parte de los sacerdotes. (2) Eulogio se encargó de responderles, y se puso á componer su Memorial de los Santos, cuyo primer libro es una amarga y violenta diatriva contra los que «con su boca sacrílega osan injuriar y blasfemar de los mártires.» (3) Para refutar á los que ponderaban la tolerancia de los infieles pinta Eulogio con los más vivos colores el cuadro de las vejaciones que abrumaban á los cristianos, y sobre todo, á los sacerdotes. ¡Ay! esclama: si la Iglesia subsiste en España como lirio entre espinas, si brilla como una antorcha en medio de un pueblo corrompido y perezoso, no hay que atribuirlo á favor de la nacion impía á que estamos sometidos en castigo de nuestras culpas, sino solo á Dios, el que ha dicho á sus discipulos: «Yo estaré con vosotros hasta la consumacion de los siglos.» Luego acumula citas sacadas de la Biblia, y de las leyendas,

---

(1) Eulogio, «Memort. Sanct.,» p. 243, 245, 247, 248, 249.

(2) *Plerique fidelium et (heu proh dolor!) etiam sacerdotum*, Eulogio, «Memor. Sanct.,» p. 245.

(3) Pag. 239.

á fin de probar que no solo es lícito ofrecerse espontáneamente al mártirio, sino que es una obra piadosa y meritoria recomendada por el mismo Dios. «Sabed, les dice á sus adversarios, sabed impures que no temeis rebajar la gloria de los santos, sabed que el dia del Juicio sereis careados con ellos, y entónces tendréis que responder á Dios de vuestras blasfemias!»

Por su parte el gobierno árabe se alarmó tambien de esta nueva especie de rebelion porque el fanatismo de los exaltados no era mas que una faz de su modo de ser, mezclándose con el ardor guerrero, y deseos casi feroces de venganza política. (1) Pero cómo impedir á estos insensatos entregar al verdugo sus propias cabezas? Si blasfemaban de Mahoma era preciso condenarlos á muerte: la ley era inexorable en este punto. No había mas que un medio que pudiera ser eficaz: convocar un Concilio y hacerle dar una orden que prohibiera á los cristianos buscar lo que se llamaba el martirio, y esto fué lo que hizo Abderramen II. Convocó á

---

(1) Eulogio y Álvaro, dan constantemente á los mártires el titulo de «soldados de Cristo que van á combatir al enemigo impío.»

los obispos, y no pudiendo asistir en persona á sus sesiones, se hizo representar por un cristiano empleado en la administracion.

Eulogio y Alvaro solo hablan con horror de este «catib,» de este «exceptor,» de este hombre inicuo, orgulloso, cruel, tan rico en vicios como en dinero, que no era cristiano mas que de nombre, y que había sido desde el principio detractor y enemigo encarnizado de los mártires, (1) Á tal punto le ódian y lo excecrañ, que evitan siempre cuidadosamente hasta el pronunciar su nombre. Solo por los autores arábigos (2) sabemos que se llamaba «Gomez» hijo de Antonino, hijo de Julian. Dotado de espíritu flexible y penetrante, Gomez, que por unánime confesion de cristianos y musulmanes, (3) hablaba y escribía con notable pureza y elegancia la lengua árabe, se había ganado el favor, primero de su jefe Abdalla ibn-Omeya, (4) y luego del monarca; de modo que la época

---

(1) Eulogio, *Memor. Sanct.,* L. II, c. 19; Alvaro, *«Indic. lumin.,»* p. 243, 244,

(2) Ibn-al-Cutia, fól. 34 r y v; Khochani, página 291.

(3) Eulogio, *«Memor. Sanct.,»* L. III, c. 2; Ibn-al-Cutia, fól. 34 r; Khochani, p. 292.

(4) Véase acerca de él, Ibn-al-Abbar, p. 94.

de que hablamos tenía gran influjo en la Corte. Profesando suma indiferencia en materias religiosas, menospreciaba soberanamente al fanatismo; pero á lo que parece se hubiera limitado á lanzar epigramas y sarcasmos contra los pobres locos que se hacían cortar la cabeza, sin ton ni son, si nó hubiese temido que aquella locura pudiera traer para él mismo las mas pesadas consecuencias. Creía ya notar que los musulmanes comenzaban á tratar á los cristianos con una frialdad cercana á la desconfianza, y se preguntaba cón inquietud sinó acabarían por confundir á los sensatos con los fanáticos, y si en este caso él y los demás empleados cristianos no perderían sus lucrativos puestos, y aun las riquezas que habían atesorado. Gomez, pues, no era solamente en el Concilio el intérprete de la voluntad del Monarca; su propio interés estaba en juego, y le obligaba á oponerse con vigor al torrente que amenazaba tragárselo.

---

## VIII.

Abriéronse las sesiones del concilio bajo la presidencia de Recafredo, metropolitano de Sevilla. Gomez, espuso el estado de las cosas, pintando las funestas consecuencias que podia tener el intempestivo celo de lós que insultaban á Mahoma, que léjos, decian, de ser santos, merecían ser escomulgados puesto que esponían á todos sus correligionarios á una terrible persecucion, por lo cual rogaba á los obispos, que dieran un decreto desaprobando la conducta de los llamados mártires, y prohibiera á los fieles imitarlos; pero como segun todas las probabilidades esto no bastaría, como los gefes del partido (entre los que Gomez señalaba al presbítero Eulogio,) podrian tener el

atrevimiento de censurar los actos del concilio, y de excitar á despecho del decreto á los simples y crédulos para que de nuevo se presentaran delante del cadí á injuriar á Mahoma—lo que convenía evitar á toda costa,—rogó además á los obispos, que se encargasen de meter en la cárcel las personas que juzgasen peligrosas. (1)

Entónces Saul, obispo de Córdoba, tomó la defensa de los mártires. Habíase colocado en el partido de los exaltados, menos por convicción que por hacer olvidar sus antecedentes que no eran muy puros. Elegido obispo por el clero de Córdoba, pero no pudiendo obtener la aprobación del Monarca, prometió si se la alcanzaban cuatrocientas monedas de oro á los eunucos de palacio, y exigiendo estas garantías les había entregado un acta escrita en árabe, en la que se obligaba á pagarles dicha suma con las rentas de los bienes del obispado en perjuicio del clero, que era el único que tenía derecho á disfrutarlos. Consiguieron los eunucos vencer la resistencia del Monarca que aprobó la elección del clero; (2) pero

(1) Eulogio, «Memor. Sanct.,» L. II, c. 15; cf. capítulo 14.

(2) Álvaro, «Epist.,» XIII, c. 3.

desde entónces, queriendo rehabilitarse en la opinion de los cristianos rigurosos y austeros que le reprochaban sin cesar este mercado infame, abrazó con calor las doctrinas de los entusiastas. Ya cuando los ostentosos funerales de Perfecto, que habian causado al gobierno tantos recelos, se atrevió á presentarse á la cabeza del clero, ahora espuso los argumentos que la Biblia y las vidas de los santos suministraban á los exaltados para justificar su opinion. Mas los otros obispos, léjos de participar de sus opiniones, se hallaban muy dispuestos á pronunciarse en el sentido que Gomez les había indicado. Sin embargo, se hallaban en una posicion bastante embarazosa: habiendo sido admitido y canonizado el suicidio por la Iglesia, no era posible reprobar la conducta de los llamados mártires sin condenar al mismo tiempo la de los santos de la Iglesia primitiva. No osando pues reprobar en principio esta especie de suicidio, ni aun siquiera desaprobar la conducta de los que habian buscado el martirio en los últimos tiempos, resolvieron prohibir que los cristianos aspiraran en adelante á esta muerte sagrada. Gomez que comprendía sus escrúpulos, se contentó con esta deci-

cion, cuanto mas que el metropolitano le habia prometido tomar contra los agitadores enérgicas y severas medidas.

Apénas se hubo publicado el decreto del Concilio, cuando Eulogio y sus amigos se apoderaron de él para volverlo contra sus mismos autores. «Este decreto decian, no condena á los mártires de este año, ni en él se lee que no habrá otros en adelante. ¿Qué significa pues esta prohibicion de aspirar á la corona del martirio? Comparado con el resto del decreto, no es mas que una singular inconsecuencia que no puede esplicarse sino suponiéndola dictada por el miedo. Evidentemente, el Concilio aprueba el martirio pero no se atreve abiertamente á declararlo.» (1)

Así estos espíritus impetuosos y turbulentos, desafiaban la autoridad de los obispos: Pero, ó nó habian calculado todas las consecuencias de su audacia, ó se imaginaban con más firmeza y valor de los que tenían realmente, porque cuando el metropolitano Recafredo, fiel á sus promesas y secundado por el gobierno, ordenó prender á sus jefes, sin exceptuar al obispo de Córdo-

---

(1) Eulogio, «Memor. Sanct.,» L. II, c. 15.

ba esta órden produjo entre ellos una indecible consternacion. En vano asegura Eulogio que si él y sus amigos se ocultaban, cambiaban á cada instante de domicilio ó se pegaban con diversos disfraces, era porque no se creian aun dignos de morir como mártires; el hecho es que ellos se apegaban más á la vida de lo que juzgaban conveniente confesar. El desaliento tan grande entre los maestros—«una olla que cayera nos hacía temblar,» dice Eulogio.—era completo en los discípulos. Veíanse legos y sacerdotes, que ántes habian prodigado sus alabanzas á los mártires, cambiar de opinion con asombrosa rapidéz; hubo hasta muchos que abjuraron el cristianismo y se hicieron musulmanes. (1)

Apesar de las precaciones que habian tomado, el obispo de Córdoba y muchos clérigos de su partido, fueron descubiertos y presos. (2) Eulogio tuvo la misma suerte.

Trabajaba en su Memorial de los Santos cuando los agentes de policía invadieron su morada, lo prendieron enmedio de su familia consternada, y lo llevaron á la cár-

---

(1) Eulogio, «Memor. Sanct.,» L. II, capítulo 14 15; «Epist» IV.

(2) Álvaro, «Vita Eulogii,» c, 4.

cel. (1) Allí volvió á encontrar á Flora, y hé aquí de qué manera habia ido.

Había en un convento cerca de Córdoba una jóven religiosa llamada María. Era hermana de uno de los seis monjes que se habian presentado juntos delante del Cadí para injuriar á Mahoma, y habian sido decapitados. Desde la muerte de su querido hermano había caído en una estrema melancolía; pero otra religiosa le contó que este mártir se le había aparecido para dirigirle estas palabras: «Dí á mi hermana María que cese de llorar por mi muerte, porque pronto estará conmigo en el cielo.» Desde este momento María cesó de llorar, había tomado su partido; quería morir como había muerto su hermano. Encaminándose á Córdoba, entró á rezar en la Iglesia de S. Asisclo, que se hallaba de camino, y se arrodilló al lado de una jóven que oraba fervorosamente. Era Flora, que en su exaltacion había abandonado su asilo, y se preparaba también á morir mártir. Contenta María, por haber encontrado una compañera: la enteró de su propósito, y las dos jóvenes juraron, abrazándose, no sepa-

---

(1) Eulogio, «Epist IV.»

rarse y morir unidas. «Voy á reunirme con mi hermano, exclamó la una,—y yo, dijo la otra, voy á ser dichosa con Jesus!» Llenas de entusiasmo vuelven á ponerse en camino y se presentan al Cadí. «Hija de padre pagano, le dijo Flora, yo he sido maltratada por vos del modo mas cruel, hace tiempo, porque rehusaba renegar de Cristo; desde entónces hé tenido la debilidad de esconderme, pero hoy llena de confianza en mi Dios, no tengo miedo de presentarme para declarar, con la misma firmeza que ántes, que Cristo es Dios, y que vuestro supuesto Profeta es un adúltero, un impostor, y un malvado.» - «Y yo, oh juez, dijo á su vez María, yo, cuyo hermano era uno de los seis magnánimos varones que perecieron en el patíbulo porque se habian burlado de vuestro falso Profeta, yo digo con la misma audacia, que Cristo es Dios, y que vuestra religion ha sido inventada por el diablo!»

Aunque entrambas hubiesen merecido la muerte, el Cadí, conmovido acaso por su juventud y su belleza, se apiadó de ellas. Trató de hacer que se retiráran, y cuando vió que no podía conseguirlo, se contentó con mandarlas prender.

En la cárcel se mostraron al principio firmes y valerosas; oraban, ayunaban, cantaban los himnos de la Iglesia, y se entregaban á meditaciones ascéticas; pero poco á poco se habian dejado ablandar por el tédio de un largo cautiverio, por los ruegos de los que querian salvarlas, y sobre todo, por las amenazas del juez, que, conociendo que las asustaba más la deshonra que la muerte, les había anunciado que si no se retractaban las entregaría á la prostitucion. (1) Eulogio llegó á tiempo para ayudarlas. Su situacion era penosísima; tenía una ruda prueba que soportar. Animar á la que amaba sin confesárselo á subir al patíbulo, era para hacer retroceder al mas desinteresado, y sin embargo, léjos de procurar contener á Flora, de hacerla titubear en su entusiasmo, de apartarla de su proyecto, empleó toda su retórica en fortalecer el ánimo vacilante de la jóven. Condénese ó compadézcase si se quiere su ciego fanatismo; pero que nadie se apresure á acusarlo de frialdad ni de indiferencia! Apesar de la aparente serenidad bajo que encubría sus violentas emociones, el corazon le rebozaba de tristeza y de

---

(1) Véase Eulogio, «Docum. martyr,» p. 321.

amargura. (1) Cerca de Flora, sentía que se reanimaban las impetuosas aspiraciones de un alma ardiente é impresionable, y el amor, si es dado dar este nombre al lazo inmaterial que le ligaba con ella, el amor luchaba con el temor de faltar á su conciencia; pero capáz de sacrificarlo todo á la causa de que se había declarado campeón, trataba de acallar los movimientos de su corazón, y no queriendo confesarse cuánto se había engañado á sí mismo acerca de sus fuerzas, procuraba acallar su dolor, entregándose á una febril actividad. Compuso un tratado para persuadir á Flora y á su compañera que nada hay más meritorio que sufrir el martirio; (2) acabó su Memorial de los Santos (3) que envió á Alvaro, suplicándole que lo revisara y corrigiera; escribió una larga carta á su amigo Wiliesindo, obispo de Pamplona, y encontró todavía bastante calma y tranquilidad para componer un tratado de métrica. Quería con él despertar el adormecido patriotismo de sus

---

(1) *Luctum non amitto quotidianum*, escribe á Alvaro. «*Epist. I.*»

(2) Este tratado se titula: «*Documentum martyriale.*»

(3) Es decir el primer libro y los seis capítulos del segundo.»

conciudadanos, inspirándoles el gusto de la literatura antigua, que para la ciudad que había visto nacer á Séneca y á Lucano debía ser una literatura nacional. En lugar de creer como los sacerdotes visigodos que no les era permitido cojer ni aspirar flores que no hubiese regado el agua del bautismo, (1) creyó Eulogio haber hallado en la literatura romana un poderoso contrapeso á la de los árabes, en que tan engolfados estaban los cordobeses. Ya había tenido ántes la dicha de poder traerles copias de los manuscritos latinos de Virgilio; Horacio y Juvenal, (2) que había logrado proporcionarse en Navarra, y ahora herido por el menosprecio que profesaban los hombres de gusto á los versos rítmicos, quería enseñar á sus conciudadanos las sábias reglas de la prosódia latina, para que compusiesen versos calcados en los del siglo de Augusto.

Entretanto, su elocuencia había producido sus frutos. Gracias á ella, Flora y María mostraban ahora una firmeza y un entusiasmo que asombraba al mismo Eulogio tan habituado á la exaltacion mística. Siem-

---

(1) Véase á Isidoro de Sevilla, «Sentent,» L. III, capítulo 18.

(2) Álvaro, «Vita Eulogii,» c. 9.

pre ávido de divinizar lo que admiraba, no veía ya en Flora mas que una santa rodeada de una aureola luminosa. El Cadí había mandado llamarla á ruegos de su hermano, y había intentado para salvarla un último esfuerzo, tan infructuoso como los demás. Cuando volvió á la cárcel, Eulogio fué á visitarla. Creía, dice, ver un ángel, una claridad celestial la rodeaba, su rostro resplandecía de gozo; parecía gustar ya las alegrías de la celeste pátria, y con la sonrisa en los labios me contó lo que el Cadí le había preguntado, y lo que le había respondido. Cuando hube escuchado este relato, de aquella boca tan dulce como la miel, procuré confirmarla en su resolución, mostrándole la corona que le esperaba. Yo la adoré, yo me prosterné delante de este ángel, me encomendé á sus oraciones, y reanimado por sus palabras, volví menos triste á mi oscuro calabozo.» El dia en que Flora y María murieron en el patíbulo (24 de Noviembre 815) fué para Eulogio un dia de gloria. «Hermano mio, escribía á Álvaro: el Señor me ha concedido una grande gracia, y nosotros tenemos una gran alegría. Nuestras vírgenes, instruidas por nosotros entre lágrimas en la palabra de la vida, acaban de obtener

la palma del martirio.» Después de haber vencido al príncipe de las tinieblas, y menospreciado todos los afectos terrenales, han ido á juntarse alegremente con el esposo que reina sobre los cielos. Invitadas á las bodas por Cristo, han entrado en la mansion de los bienaventurados, cantando un nuevo cántico, y diciendo: «Honra y gloria á tí, Señor, Dios nuestro, porque nos has arrancado al poder del infierno, porque nos has hecho dignas de la felicidad de que gozan tus santos, porque nos has llamado á tu eterno reino.» Toda la Iglesia está gozosa con la victoria que acaban de alcanzar, pero nadie mas que yo tiene el derecho de regocijarse, yo que las he fortalecido en su propósito en el momento mismo en que iban á renunciar á él.» (1)

Cinco dias después, Eulogio, Saul y los demás presos fueron puestos en libertad; lo que el primero no dejó de atribuir á la intercesion de las dos santas, que ántes de salir de la prision para ir al cadalso, les habian prometido que en cuánto llegaran á la presencia de Cristo le pedirian la libertad

---

(1) Véase Eulogio, «Memor. Sanct.», p. 266-271; Epist I., III; Álvaro, «Vita Eulogii,» c. 4.

de los Sacerdotes. (1) Saul se mostraba ya dócil á las órdenes de Recafredo; pero Eulogio por el contrario redobló su actividad, á fin de aumentar el número de los mártires, y lo consiguió con exceso. Estimulados por él, sacerdotes, monjes, «cristianos ocultos» y mujeres, injuriaron á Mahoma, y perecieron en el cadalso. (2) Los exaltados llevaron su audacia hasta el punto de que un monje viejo y un jóven entraron gritando en la mezquita principal: «Ha llegado para los fieles el reino de los cielos, y á vosotros, infieles, el infierno vá á tragaros!» Poco faltó para que los despedazara el pueblo enfurecido; pero el Cadí interpuso su autoridad, los envió á la cárcel, y les hizo cortar primero las manos y los pies, y despues la cabeza (16 de Setiembre 852.) (3)

Seis dias despues, Abderramen, murió repentinamente. (4) Segun el relato de Eulogio, el anciano Monarca estaba en el terrado de palacio, cuando su mirada tropezó con las horcas de que pendian los cadáveres muti-

(1) «Memor. Sanct.,» p. 268; Álvaro, «Vita Eulogii,» c. 4.

(2) Eulogio, «Memor. Sanct.,» L. II, capítulo 9, 10, 11. 12.

(3) Eulogio, «Memor. Sanct.,» L. II. c. 13.

(4) Ibn-al-Cutia, fól. 32 r.

lados de los últimos mártires, y dió la orden de quemarlos; mas apenas lo hubo ordenado cuando le acometió un ataque de apoplejía, de que espiró aquella misma noche. (1)

Como Abderramen no había decidido entre sus hijos Mohamed y Abdalla, que aspiraban á sucederle, y estos dos príncipes ignoráran aun la muerte de su padre, todo iba á depender de la eleccion que hicieran los eunucos de palacio. Los que habian presenciado los últimos momentos de Abderrahicieron cerrar cuidadosamente las puertas del castillo, á fin de impedir que se propagara la muerte del Sultán, y habiendo reunido luego á todos sus compañeros, uno de los eunucos más considerados, tomó la palabra y les dijo: «Camaradas, acaba de suceder una cosa de la mayor importancia para todos nosotros... Nuestro señor ha dejado de existir»... Y como todos comenzasen á llorar y á gemir... «No lloreis ahora, les dijo, luego llorareis. Los momentos son preciosos. Cuidemos de nuestros intereses y de los de todos los musulmanes. ¿Á quién destináis el trono?—Á nuestro señor, al hijo de nuestra sultana, de nuestra bienhechora,» exclamaron todos.

(1) Eulogio, «Memor. Sanct.» L. II, c. 16.

Las intrigas de Tarub iban á dar su fruto. Á fuerza de dinero y de promesas se había ganado los eunucos, y gracias á ellos, su hijo Abdalla iba á subir al trono. Pero, ¿aprobaría la nacion la eleccion de los eunucos? Era dudoso, porque Abdalla solo se había hecho notar por sus relajadas costumbres; su ortodoxia era mas que problemática, y el pueblo le aborrecía. Así pensaba el eunuco Abu-'l-Mofrih, piadoso musulman, que había hecho la peregrinacion á la Meca. «La opinion que acaba de emitirse, preguntó: ¿es la de todos?—Sí, sí, respondieron de todas partes.—Pues bien, tambien es la mia. Yo tengo más motivo que vosotros para mostrarme reconocido con la Sultana, porque ella me ha prodigado mas que á vosotros sus beneficios. Sin embargo, este es un negocio que hay que pensar maduramente: porque si elegimos á Abdalla, nuestro poder en España ha concluido. Cuando salgamos á la calle nos dirán todos: «Malditos sean esos eunucos que cuando disponian del trono y se lo podian dar al príncipe mejor, se lo han dado al más indigno!» Hé ahí lo que se dirá camaradas! Vosotros conoceis á Abdalla y á los que le rodean, si sube al trono ¡qué peli-

ligrosas innovaciones no tienen que temer los musulmanes! Qué será de la religion? Y sabedlo bien, no solo los hombres sino Dios mismo os pedirá cuenta de vuestra eleccion!» Estas palabras cuya verdad ninguno se atrevió á contradecir hicieron profunda impresion en los eunucos. Ya medio convencidos preguntaron á Abu-'l-Mofrih cuál era el candidato que les proponía. «Os propongo á Mohamed, les respondió, que es un varon piadoso y de costumbres intachables. Conforme, dijeron los eunucos, pero es severo y avaro.—Le llamais avaro, ¿pero cómo puede mostrarse generoso el que nada tiene que dar? Cuando reine y disponga del tesoro público no dudeis que habrá de recompensaros bien.»

Habiendo prevalecido el consejo de Abu-'l-Mofrih, juraron todos sobre el Coran que reconocerían á Mohamed, y los dos eunucos Sadum y Casim, que por agradar á Tarub habian sido hasta entónces los mas ardientes defensores de la candidatura de Abdallah, no pensaron desde entónces mas que en hacer las paces con su rival. Casim rogó á sus camaradas que impetraran el perdón para él, lo que estos le prometieron. Sadum pidió y obtuvo que se le encargara

de anunciar á Mohamed su elevacion al s6lio.

Como era todavía de noche y estaban cerradas las puertas de la ciudad, Sadun se llev6 las llaves de la puerta del puente, pues el palacio de Mohamed se hallaba á la otra parte del rio. Para llegar al puente era preciso pasar por el palacio de Abdallah donde todo el mundo estaba levantado porque habia fiesta como de costumbre; pero como nadie sabía nada, Sadun no encontró dificultad en hacerse abrir las puertas, y pasando el puente llegó al palacio de Mohamed. Este se habia levantado ya y estaba en el baño, cuando se le anunció que Sadun queria hablarle. «Qué es lo que te trae tan temprano Sadun? le preguntó.—Vengo á anunciaros que nosotros, los eunucos de palacio, os hemos elegido por sucesor de vuestro padre que acaba de morir. ¡Dios tenga piedad de su alma! Hé aquí su anillo.»

Mohamed no podia creer lo que decia Sadun, se figuraba que su hermano estaba ya en el trono, y que habia enviado á Sadun para matarlo. No pensando mas que en salvar su vida exclamó: «Sadun temed á Dios y perdonadme! Sé que sois mi enemigo, pero por qué quereis derramar mi sangre? Yo

estoy pronto á irme de España si es preciso, la tierra es bastante grande para que yo pueda vivir léjos de aquí sin hacer sombra á mi hermano.» Sadun tuvo que tomarse infinito trabajo para serenarlo y persuadirlo de que era verdad todo lo que le acababa de decir. Logrólo al fin á fuerza de protestas y juramentos y añadió: «Os admira que sea yo el que os traiga esta noticia, pero se lo he rogado así á mis compañeros esperando que me habias de perdonar mi conducta pasada.—Que Dios os perdone como yo os perdono! exclamó Mohamed, pero esperad un instante á que venga mi mayordomo Mohamed ibn-Muza, y convendremos con él las medidas que hay que tomar.»

Lo que mas importaba á Mohamed en aquellas circunstancias era hacerse dueño de palacio. Hecho esto, su hermano no se atrevería á disputarle sus derechos al trono y todo el mundo le reconocería. Pero cómo harian para pasar por el palacio de Abdalla si escitar sospechas? Esta era la dificultad. Si los centinelas del palacio de Abdalla veian llegar á Mahomed tan temprano, se figurarían acaso lo sucedido, y no lo dejarían pasar. Consultado por su amo, el mayordomo le propuso pedir auxilio al prefec-

to Yusuf ibn-Basil, que tenía trescientos agentes á sus órdenes; pero este enterado del caso se negó á poner sus agentes á disposicion de Mohamed. «Se disputa el trono, y yo no me meto en nada: nosotros los clientes obedecerémos al que sea dueño de palacio.»

El mayordomo comunicó al príncipe la respuesta de Yusuf, añadiendo luego: «Quien nada arriesga nada logra; hé aquí pues lo que propongo: sabeis señor que vuestro padre enviaba á menudo buscar á vuestra hija, y que yo la conducía á palacio. Vestíos de mujer, os haremos pasar por vuestra hija, y con ayuda de Dios conseguiremos nuestro propósito.» Adoptado este consejo, montaron á caballo; Sadun delante, detrás el mayordomo y Mohamed vestido de mujer. Llegaron así al palacio de Abdalla, en donde se oía un concierto de voces é instrumentos, y Mohamed recitó en voz baja este verso de un antiguo poeta: «Conseguid lo que buscáis, y que nosotros consigámos tambien lo que buscamos.»

Los guardias, que estaban en la habitacion inmediata á la puerta, bebían y charlaban cuando sintieron la cabalgata. Uno de ellos, abrió la puerta y preguntó: «¿Quien és?

«Cállate indiscreto,» le contestó Sadun y respeta á las mujeres!» El guardia no sospechó nada, cerró la puerta y volviéndose dijo á sus camaradas: «Acaba de pasar la hija de Mohamed con Sadun y el moyordamo de su padre.»

Creyendo vencida la mayor dificultad dijo Mohamed á su mayordomo: «Quédate ahí, en seguida te enviaré fuerzas, y, cuando vengan, cuidarás de que no salga nadie;» y continuó su camino con Sadun. Este fué á llamar á la puerta del palacio donde el anciano monarca acababa de espirar. El portero vino á abrirle. «Esta mujer es hija de Mohamed?» preguntó con aire incrédulo.— «Sí,» le respondió Sadun.— «Es extraño, yo la he visto muchas veces, cuando venía á palacio, y me ha parecido siempre mas baja. Tú quieres engañarme, Sadun; pero yo te juro que no ha de pasar por esa puerta persona que no conozca. Que esa se levante el velo, ó que se vaya!»— «Qué! exclamó Sadun, nó respetais á las princesas?»— «Yo no sé si esa lo es, y os lo repito, á menos que no le vea, no entra.» Viendo que el portero era inquebrantable, Mohamed se levantó el velo que le cubría la cara. «Soy yo le dijo al portero, yo que hé venido, porque

mi padre ha muerto.» Entónces dijo el portero: «el caso es todavía mas grave de lo que yo pensaba; no pasaréis, señor por esa puerta hasta que yo esté seguro de si vuestro padre es vivo ó muerto.»—Venid conmigo, le dijo Sadun, y os convencereis en seguida.» El portero cerró su puerta, y dejando fuera á Mohamed, acompañó á Sadun, que lo llevó donde estaba el cadáver de Abderramen II. Á su vista, el portero prorumpió en llanto, y volviendo á Sadun le dijo: «Habeis dicho la verdad y estoy dispuesto á obedeceros.» Luego fué á abrir la puerta, y despues de haber besado á Mohamed la mano, le dijo: «Entrad príncipe mio! Dios os haga feliz, y que vos los hagais á los musulmanes!

Mohamed se hizo prestar juramento por los altos dignatarios del Estado: tomó las medidas necesarias para hacer imposible cualquier oposicion por parte de su hermano, y cuando los primeros rayos de la aurora comenzaban á blanquear las cimas de Sierra-Morena, supo la capital que había cambiado de Señor. (1)

---

(1) Ibn-al-Cutia, fól. 32 r.-33 v.

---

## IX.

El nuevo monarca tenía un espíritu frío, limitado y egoísta. Hemos visto que no había manifestado sentimiento alguno al saber la muerte de su padre, la verdad es, que lejos de afligirse se había alegrado. Ni se tomaba siquiera el trabajo de disimularlo. Una tarde, después de un día de broma en la Rusafa, deliciosa casa de campo que poseía en las cercanías de Córdoba, volvía á la capital acompañado de su favorito Hachim. Acalorados por el vino, hablaban de mil cosas cuando una idea siniestra cruzó por la cabeza de Hachim. «Hijo de los Ca-

lifas, dijo, qué hermoso sería el mundo si nó existiera la muerte! Que absurdo! le respondió Mohamed, si nó hubiera muerte no reinaría yo. La muerte es una cosa buena, mi antecesor ha muerto; por eso reino.» (1)

Los eunucos que se opusieron al principio al pensamiento de elevarlo al trono porque lo creían avaro, no se equivocaban. Mohammed, comenzó disminuyendo las obenciones de los empleados y el sueldo de los soldados. (2) En seguida despidió á los antiguos ministros de su padre, y confirió sus puestos á jóvenes sin esperiencia á condicion de que partieran con él sus emolumentos. (3) Todo lo perteneciente á la hacienda lo resolvía por sí con una exactitud minuciosa y hasta pueril. Una vez examinando una cuenta que ascendía á cien mil monedas de oro, la reparó á sus empleados por cinco sueldos. (4) Todo el mundo le odiaba ó le despreciaba á causa de su avaricia; (5) solo le apoyaban los faquíes exasperados hasta lo sumo con la audacia de los úl-

---

(1) Ibn, Adhari, t. II, p. 114.

(2) Eulogio, «Memor. Sanct.,» L. III, c. 5.

(3) Ibn-al-Cutia, fól. 29 r.

(4) Ibn-Adhari, t. II, p. 109.

(5) Eulogio, «Memor. Sanct.» L. III. c. 5.

timos mártires que habían osado blasfemar del Profeta hasta en la mezquita principal, porque lo creían enemigo acérrimo de los cristianos. Mohamed realizó enteramente lo que de él esperaban. El mismo día que empezó á reinar despidió á todos los soldados y empleados cristianos á escepcion de Gomez, cuya indiferencia religiosa conocía y cuyo talento apreciaba. (1) Mientras que sus tolerantes predecesores cerraban los ojos cuando los cristianos ensanchaban las iglesias existentes ó edificaban otras, Mohamed, queriendo aplicar todo el rigor de la legislación musulmana, mandó derribar todo lo construido desde la conquista. Por complacer á su señor y ganarse sus favores traspasando en el exceso de su celo sus mandatos, los ministros hicieron demoler hasta templos que contaban tres siglos de existencia, y persiguieron cruelmente á los cristianos. Entónces muchos de estos, la mayor parte si hemos de creer á Eulogio y Álvaro, abjuraron el cristianismo. (2) Gomez les había dado ejemplo. Encargado de la cancillería á consecuencia de la larga enfermedad

(1) Eulogio, «Memor. Sanct.,» L. III, c. 1, 2.

(2) Eulogio, «Memor. Sanct.,» L. III, c. 16, L. III, c. 1, 3; Álvaro, «Vita Eulogii,» c. 12.

del canciller Abdallah ibn-Omeya supo que á la muerte de este había dicho el sultan: «Si Gomez fuera de nuestra religion de buena gana lo nombraba canciller,» y se hizo musulman (1) y obtuvo la dignidad que ambicionaba. Mientras que fué cristiano casi nunca iba á la iglesia, pero ahora era tan exacto á todas las prácticas de devocion que los faqués le proponían como modelo de piedad y le llamaban la «paloma de la mezquita.» (2)

La intolerancia del sultan producía en Toledo muy diferente resultado. Tres ó cuatro años antes, volviendo de un viaje á Navarra, Eulogio se había detenido muchos dias en aquella ciudad en casa del piadoso metropolitano Wistremiro. (3) Todo inclina á creer que aprovechó esta ocasion para escitar el ódio de los Tolédanos contra el

(1) Segun Eulogio, «Memor. Sanct.,» L. III, c. 4. Gomez habria apostatado para volver á la posesion de su empleo que le habia quitado, pero he creído deber seguir á Ibn-al-Cutia, fól. 344.

(2) Eulogio, «loco laud;» Khochani, p. 293.—Gomez parece que conservó su nombre cristiano pero su hijo que estuvo empleado en la cancelleria, llevaba el de Omar. Arib. t. II. p. 155 (Omar ibn-Gomez al-Catib.

(3) Eulogio, «Epist.,» p. 330.

gobierno árabe, trazando un cuadro sombrío de la desdichada condición de los cristianos de Córdoba; lo que al menos es seguro es que Eulogio era muy estimado por los toledanos, y que los mártires de la capital les inspiraban vivo interés. Desde que supieron que Mohamed había comenzado á perseguir á sus correligionarios, tomaron las armas, dieron el mando á uno de los suyos llamado Sindola, (1) y temiendo por la vida de sus rehenes en Córdoba, aseguraron la persona del gobernador árabe y enviaron á decir á Mohamed, que, si estimaba en algo la vida de aquél les devolviera inmediatamente á sus conciudadanos. Así lo hizo el sultan, y los Toledanos por su parte pusieron en libertad al gobernador, pero la guerra estaba declarada y era tan grande el temor que inspiraban los Toledanos,

---

(1) Así es como creo que debe pronunciarse el nombre que Ibn-Adhari, (t. II p. 37) escribe sin vocales Chndlh (Chindolah). La x de los árabes corresponde á la s de los latinos y el nombre propio «Sindola» se halla por ejemplo; en un documento latino del año 988, «apud.» Villanueva. Viaje literario á las iglesias de España, L. XIII, p. 236), es probablemente la misma palabra Suintila (nombre que llevaba un rey visigodo,) ó Chintila como se encuentra en una carta de 912 (Esp. Sagr. tom. XXXVII, p. 316.)

que la guarnición de Calatrava se apresuró á evacuar esta fortaleza, donde ya no se creía segura. Los Toledanos desmantelaron esta plaza, pero poco despues el sultan envió tropas, é hizo reedificar los muros (853) Luego mandó á dos de sus generales que marcharan sobre Toledo, pero los Toledanos despues de haber pasado los desfiladeros de Sierra Morena, para salir al encuentro del enemigo, lo atacaron de improviso cerca de Andújar, lo pusieron en fuga y se apoderaron de su campamento.

Puesto que los Toledanos se afrevían á avanzar hasta Andújar, la misma capital se hallaba amenazada. Mohamed que conocía que para salir del peligro era preciso apelar á medidas enérgicas, reunió todas las tropas de que podía disponer y las condujo él mismo contra Toledo, (Junio 854). Por su parte Sindola, no confiando en sus fuerzas buscó aliados. Dirigióse al rey de Leon Ordoño I, quien le envió inmediatamente un ejército numeroso, al mando de Gatón conde del Bierzo. (1)

---

(1) Segun Ibn-Adhari, este Gatón debería ser hermano de Ordoño I. Ningun documento latino viene en apoyo de esta asercion, pero es cierto que se llamaba Gatón el que entónces era conde del

El gran número de combatientes reunidos en la ciudad, parece que quitó á Mohamed la esperanza de sujetarla, pero sin embargo, logró hacer sufrir á sus enemigos un terrible descalabro. Emboscando el grueso de sus tropas detrás de las rocas por que corre el Guadalete, marchó contra la ciudad á la cabeza de un cuerpo poco numeroso, é hizo dirigir contra los muros sus máquinas de guerra. Viendo que un cuerpo tan reducido parecía querer intentar el asalto, los Toledanos, admirados de la audacia del enemigo, indujeron al conde Gatón á hacer una salida vigorosa. Gatón aprovechó diligentemente la ocasión de distinguirse que se le ofrecía. Á la cabeza de sus tropas y de los Toledanos atacó á los soldados de Mohamed, pero estos huyeron en seguida llevándolos á la emboscada. De pronto los Toledanos y los Leoneses que los perseguían vivamente, se vieron cercados y atacados por una nube de enemigos. Casi todos fueron muertos. «El hijo de Julio, (1) cantó

Vierzo; véase Florez «Reynas,» t. I, p. 79 y «Esp. Sagr.,» t. XVI, p. 31, 119. Según Ibn-Khaldun, el rey de Navarra había enviado también tropas en socorro de Toledo.

(1) Es sin duda el nombre de un jefe cristiano mientras que Muza es el de un gefe de renegados.

un poeta de la corte, decía á Muza que marchaba delante de él: veo la muerte donde quiera, delante de mí, detrás de mí, alrededor de mí... las rocas de el Guadacelete lloran, lanzando profundos gemidos, esa multitud de esclavos (renegados), y de incircuncisos.» Los bárbaros vencedores cortaron ocho mil cabezas, con las que hicieron un monton, sobre el que se subieron haciendo resonar el aire con sus ahullidos. Mas adelante, Mohamed hizo colocar estas cabezas en las murallas de Córdoba y de otras ciudades, y aun envió algunas á los principes africanos. (1)

Contento con el triunfo que habia obtenido, y seguro de que los toledanos que, segun su propia cuenta habian perdido veinte mil hombres, no irian ya á inquietarle á Córdoba, Mohamed regresó á esta capital cuidando de que hostigasen á los Toledanos tan pronto los gobernadores de Calatrava y Talavera, como su hijo Mondhir. Él seguía entre tanto oprimiendo á los cristianos de Córdoba. Hizo demoler el convento de Tabanos, que miraba con razon co-

---

(1) Ibn-Adhari, t. II, p. 96, 98, 114. 115; No-wairi, p. 463; Ibn-Khaldun, fól. 9, r.